A photograph of the Statue of Liberty in the foreground, holding the torch aloft. In the background, the New York City skyline is visible across the water, with several boats on the water.

# NUEVA YORK

**HIERRO, CRISTAL,  
DOLARES, POESIA  
Y DIEZ  
MILLONES  
DE HABITANTES**

**En el veintitantos,  
Cocteau  
se despedía de Paul  
Morand en París  
con un largo  
abrazo: "Vas a Nueva York**

**SIGUE**



## NUEVA YORK



Cuesta trabajo no abrir la boca ante el Empire. Sus 448 metros de altura siguen siendo el faro de la capital más grande, hacia arriba, del mundo. Ir a Nueva York y no contemplar desde su más alta torre el plano vivo de la ciudad es un pecado mortal contra el turismo. En los 102 pisos del Empire hay de todo: oficinas, hoteles, comercios, emisoras de radio y TV... Por sus enormes antenas pasan los programas de siete estaciones de televisión, que transmiten imágenes a los seis millones de receptores que tienen los neoyorquinos. En los días claros se ve desde allí las tierras de Massachusetts, Connecticut, Pennsylvania y Nueva Jersey.



Desde un reactor, el plano de la isla —el motor que mueve la ciudad— se perfila.

a que te lean el porvenir en la mano», le decía el poeta, entre entristecido y envidioso, al escritor francés que más se ha preocupado por la geografía del mundo. El trotamundos iba a Nueva York, y de su viaje saldría algo así como una biblia sobre la ciudad de los rascacielos. Entonces, y durante muchos años después, se iba a Nueva York a ver el futuro como en una bola de cristal. La excursión desde Europa se hacía por mar, y el primer golpe de vista al aparecer la Estatua de la Liber-





nuestra izquierda, el Hudson, que separa Manhattan de Nueva Jersey. A la derecha, el East River alejándola de Brooklyn y Queens. Arriba, Bronx separado por el Harlem River.

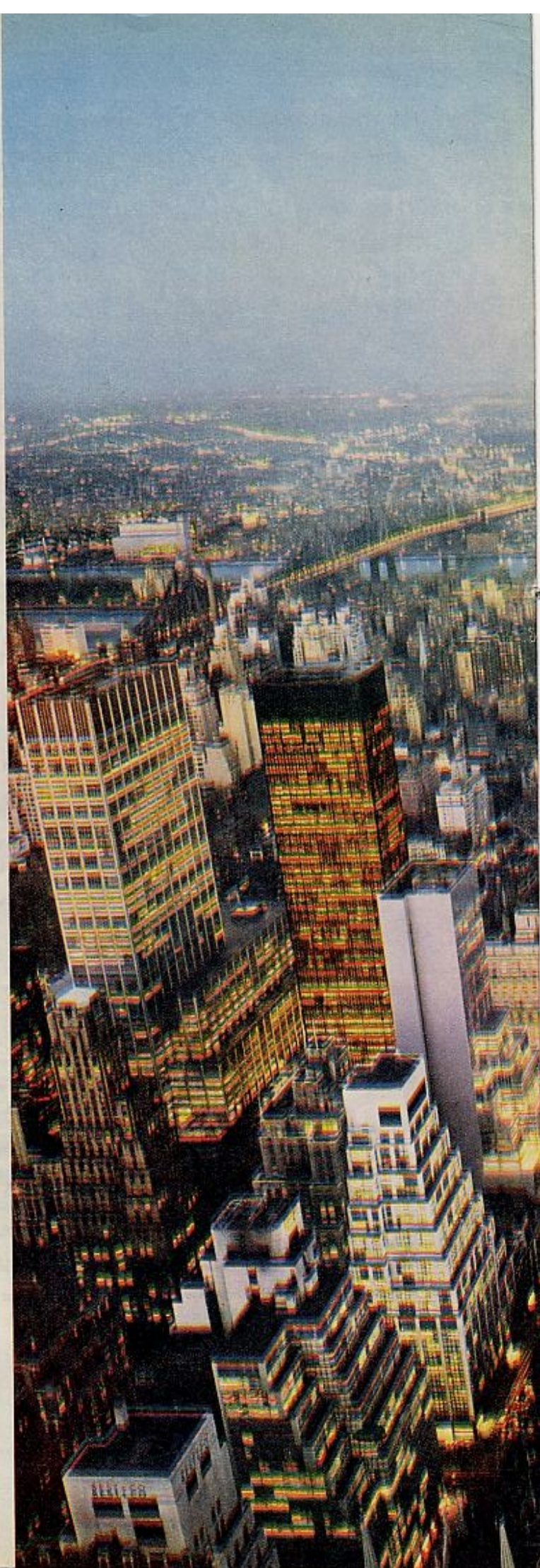
tad era un bosque de pisos que apabullaba. Nuestros padres —yo me nuevo hacia la cuarentena— fueron los paletos de Europa ante ese paisaje que les sugería los más extraordinarios adjetivos.

Los grandes reactores que le ponen a uno en América en siete horas han cambiado un poco las cosas. Desde arriba, a unos centenares de metros, Nueva York impresiona menos a los sentidos. Como en todo, hemos ganado en comodidad lo que hemos perdido en emoción. Esa pri-

mera visión de Nueva York, las moles de hierro y granito de los superedificios con la Bateria y su parque como una alfombra a los pies, impresionaban. Parecía imposible que unas horas después pudiéramos abrirnos paso a codazos por la Avenida Broadway —que no es el Broadway espectacular y multitudinario en el que se asienta Times Square—, porque Wall Street estaba allí, imponente, con sus vericuetos de mármol negro como para impedirnoslo. Y ahora, no. Para eso está Idlewild, el



# NUEVA YORK





Nueva York en el crepúsculo fotografiado desde el Rockefeller Center. En el centro se alza el famoso hotel Waldorf Astoria; a la derecha, totalmente iluminado, el Union Carbide Building. Al fondo, el East River con el famoso puente de Queensborough que une Manhattan con el distrito de Queens. Las noches de Nueva York desde lo alto, en los días claros, son un espectáculo extraordinario que justifica toda la literatura derramada sobre esta ciudad. El color de la fotografía no hace más que subrayar los perfiles de una urbe llena, de verdad, de colorido.

SIGUE





El puente de Brooklyn es el más antiguo de todos los de Manhattan. Su enorme estructura férrea suaviza, a pesar de todo, ese aspecto punzante que ofrecen los rascacielos. Parece un plano de «Metrópolis», ese Fritz Lang clásico que estudian todas las historias del cine. La foto inferior muestra el edificio de «Time» y «Life», uno de los dieciséis que forman el Rockefeller Center, entre la Quinta Avenida y la Avenida de las Américas. En ese conjunto urbano que es el Rockefeller hay pistas de patinaje, restaurantes, oficinas y centros de investigación. Y las emisoras de la RCA, de la NBC...

aeropuerto más limpio de América, el más nuevo, quizá el más grande. Los trescientos millones de dólares que se invirtieron en su construcción han sido tan bien empleados, que al bajar del avión no puede uno ni imaginarse el ahogo que va a sufrir después en Manhattan. Grandes espacios, grandes salas, el gran prodigio de la arquitectura actual que permite respirar hondo y llenarse de luz y sonreír.

Desde el aeropuerto de Idlewild, en Queens, a Manhattan da tiempo a hacerse la idea de dónde estamos. Los cuarenta minutos de trayecto en coche o en autocar dan ocasión de entrar en contacto con una América muy distinta a la que descubriremos en la calle 42, en Park Avenue o en Exchange Place. A derecha e izquierda, primero, una hilera que parece interminable de casas pequeñas, bajas, con jardín. El Nueva York del extrarradio, que se funde con los barrios de altura media —casas de ocho, diez, doce pisos, con grandes terrazas—, donde parecen vivir unas gentes que no tienen prisa. Aún no nos hemos despegado de Europa. Aún creemos ver a los nuestros, los que tienen prisa, pero no parecen tenerla. Y en seguida, el túnel. Diez o quince interminables minutos bajo el East River. Y ya Manhattan. Dos días después, cuando hayamos





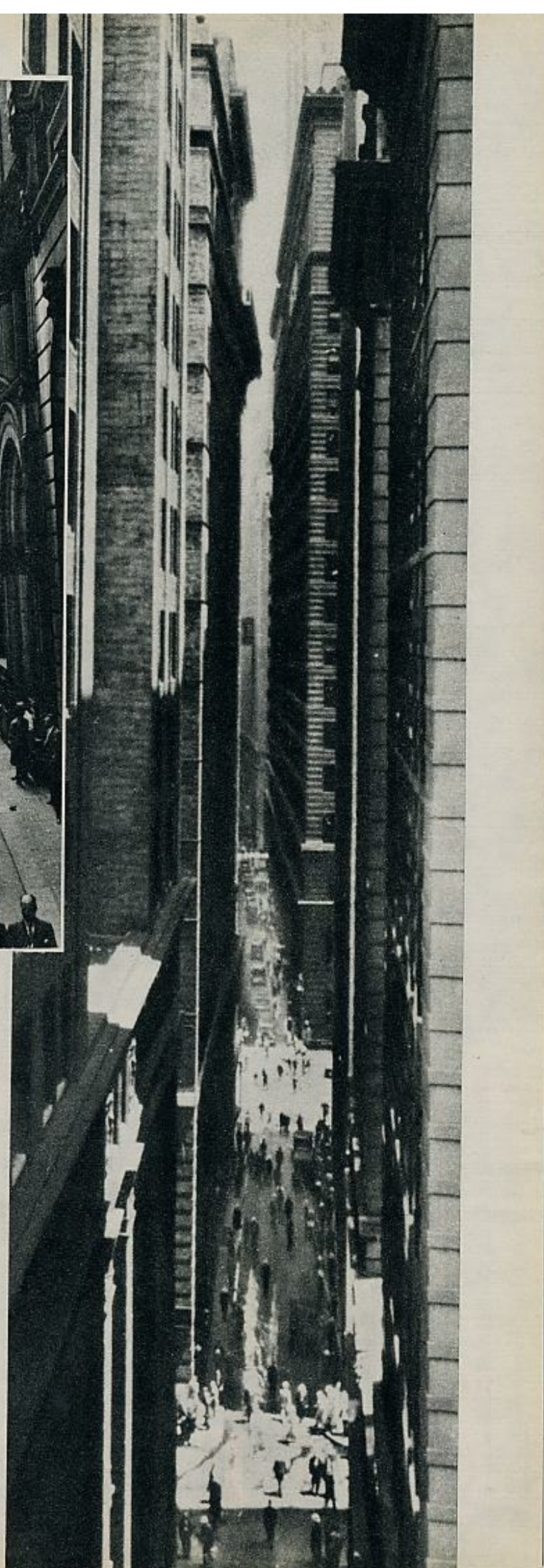
Desde Wall Street se ha movido el mundo. Y aún, en muchas ocasiones, se sigue moviendo. Es el distrito de los bancos, de los banqueros, de los grandes pánicos, de las fortunas incontables que rigen la política y que son regidas y destrozadas frecuentemente por los vaivenes políticos. Wall Street está en la parte baja de Manhattan y sus calles son como fosos de cemento, hondos, fríos, donde apenas entra el sol. Miles de empleados luchan ahí, cada día, para que las acciones suban. Cuando se visita este mundo por primera vez, produce escalofríos. Ahí sí que asfixia Nueva York. Ahí sí.

dado cincuenta vueltas por Broadway —el señuelo inevitable—, iremos a la Bateria, cogemos el «ferry» y nos trasladaremos a la Estatua de la Libertad para ver Nueva York como lo vieron por primera vez nuestros padres. Con todos los rascacielos en racimo, inquietándonos, invitándonos a que nos abracemos con la Avenida Broadway —que no es el Broadway del señuelo—, como lo hicieron nuestros progenitores.

### una mañana de 1609

Nueva York empieza una mañana del otoño de 1609, al fondear la «Medialuna» en esas costas atlánticas. Es una nave fletada por mercaderes holandeses y mandada por el capitán Hudson, un inglés que busca nuevas rutas para el comercio. Los holandeses descubren entre las rocas a unos hombres de tez roja. Cuando éstos pierden el miedo, se acercan a la embarcación. Dicen algo parecido a «Manhatte», extraña palabra con la que denominan, sin duda, sus tierras y que será el origen del fabuloso Manhattan de nuestro tiempo. Se entierra el hacha en señal de paz, se cambian los primeros obsequios, empieza el comercio. Los ex-

**SIGUE**

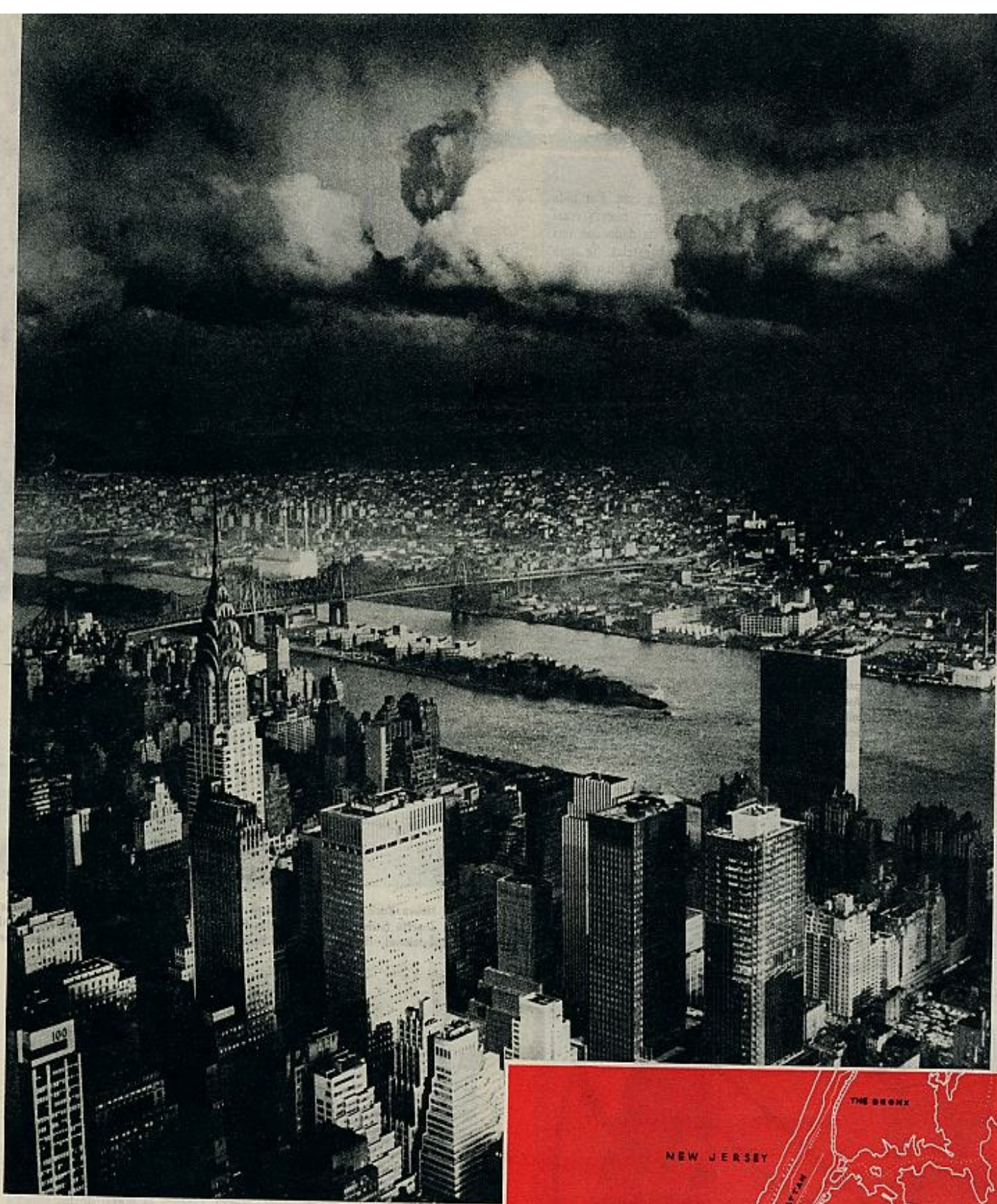




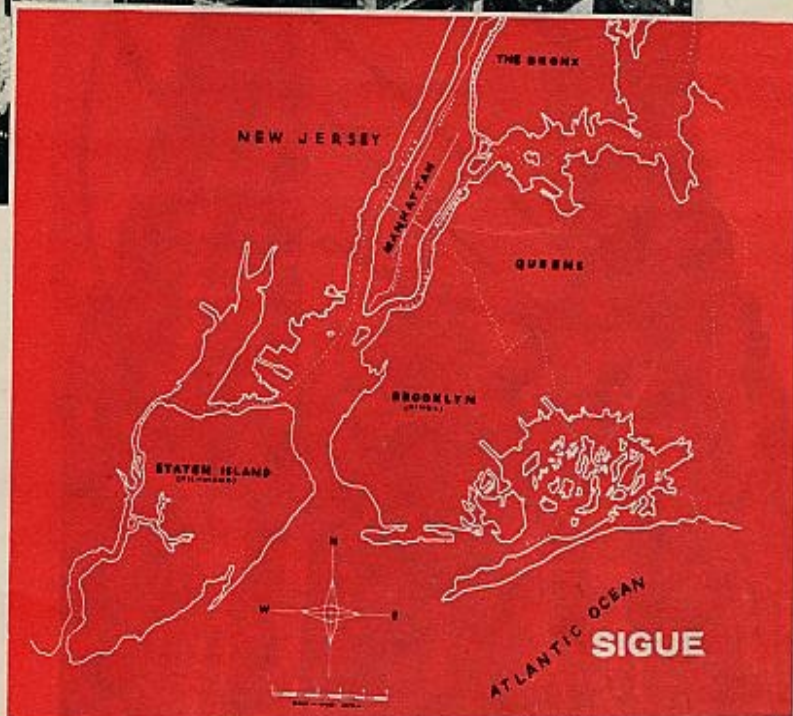
El edificio de las Naciones Unidas está entre la Primera Avenida y el East River. En las oficinas del Secretariado —una mole de vidrio— trabajan los 4.000 empleados de los países representados en la Organización. Para cada una de las sesiones de la Asamblea General se reparte un número limitado de entradas a los visitantes. No obstante, conocer el edificio está al alcance de cualquier turista por un dólar y medio, en las visitas que se organizan diariamente entre las nueve y cuarto de la mañana y las cinco menos cuarto de la tarde. Los guías explican detalladamente el complejo funcionamiento de esta «ciudad del mundo», de esta «ciudad de todos los países», que vibra con el latido diario de las naciones. La Historia tiene ahí su factoría; en los discursos de la gran sala, en las reuniones de las comisiones, en los amplios espacios de las numerosas plantas, que son, a gran escala, como los viejos pasillos de los Congresos de Europa.







A veces, cuando la perspectiva de las calles empieza a ahogarlo a uno, conviene tocar el cielo con las manos. En Nueva York, el recurso es el edificio Empire State Building. Allí, además del aire puro, podemos hallar paisajes conocidos que la naturaleza nos presenta como algo siempre nuevo. Esto es el invierno. Esto es una tarde. Esto es el crepúsculo. Las nubes —parecen nubes bíblicas— tienen de gris y amarillo. Queens, que se va allá, al otro lado del East River. Un sol pálido ilumina el edificio Chrysler —esa aguja de la izquierda— y las otras torres de hierro y cristal. Esto es Nueva York; esto de Manhattan y aquello de Queens y los otros distritos —Bronx, Richmond, Nueva Jersey, Brooklyn—, donde viven gentes que representan a todos los países de la tierra. El edificio de la ONU —a la derecha, entre sombras— parece un símbolo clavado ahí en la ciudad que probablemente representa menos a los Estados Unidos.





## NUEVA YORK

ploradores europeos, los negociantes europeos, regresan a casa. Por toda Holanda se extiende la noticia: Si no se han descubierto nuevas rutas que hagan más fácil el viaje a China tras la seda, se ha dado con una tierra rica en pieles, que sus moradores cambian por bagatelas. Se lleva a cabo una segunda expedición, mandada esta vez por Adrian Block. Y luego se piensa que no estaría nada mal enviar colonos. Holandeses y hugonotes franceses embarcan en la «Nueva Holanda». En 1626, un francés, Minuit, compra la isla de Manhatte por unas perlas de vidrio que valen veinticinco dólares. La naciente comunidad decide bautizar la ciudad con el nombre de Nueva Amsterdam. Y luego aparecerán los irlandeses, los alemanes y los primeros esclavos africanos. Pero en 1664 se acaba el dominio holandés. Sin un disparo, los ingleses enviados por el duque de York, mandados por el coronel Nicolis, se apoderan de la ciudad. Ha nacido Nueva York. Poco a poco desaparecen las frondas. Se talan los árboles. Paz, mucha paz durante años. Los vientos de la independencia soplan fuerte. Tan fuertemente, que el general Washington, tras denodada lucha con los ingleses, arrasa Nueva York a cañonazos. El 25 de noviembre de 1783 entra en la ciudad. Todo el siglo XIX está marcado para Nueva York por una expansión, que se concreta al término de la guerra de Secesión y luego, sobre todo, durante los primeros años de este siglo. Para el futuro de Nueva York fue un gran día aquel de 1850, en que el ascensor hizo su aparición en un hotel de la Quinta Ave-

El «gótico» en los Estados Unidos: la catedral de San Patricio, en la confluencia de la Quinta Avenida con la calle 50. Fue consagrada en 1910. En ella oyen misa los domingos, los católicos de Nueva York. Norteamericanos, españoles e iberoamericanos, van a misa de nueve, de once, de una... Pueden ir a cualquiera de las capillas católicas de la ciudad, pero casi todos cumplen allí con sus deberes religiosos. «San Patricio» es ya tradicional.



El Nueva York distinto. Esas casas con plantas y con flores, con escaleras a flir el «barrio latino». Esas callejuelas fueron primero una aldea india, Sappokanickan exposiciones, tiendas de viejo, casas vetustas con historia literaria, escritores

nida. No sé si en algún lugar de la tierra se ha erigido un monumento al ascensor o al hombre que lo hizo posible. Si así no fuera, Nueva York se lo debe.

### nueva york en el presente

El mayor peligro que nos reserva un viaje a Nueva York está en la carga literaria que llevamos encima. Nos movemos con clichés. Vivimos con clichés. Para los españoles, Nueva York es la postal de los Estados Unidos. Lo ha sido siempre y lo sigue siendo. A los españoles que han salido un poco por Europa lo primero que se les ocurre al llegar a Nueva York es compararla con París. «París es más...» «París es esto...» «París es lo otro...» A los siete días, París es París y Nueva York es Nueva York, para entendernos. Y al poco no cuesta nada olvidarse de Europa por una temporada, porque esa ciudad tiene una vitalidad y unas perspectivas humanas y urbanas que asombran sin necesidad de incluir en éstas los rascacielos. Han tenido que ocurrir muchas cosas en el mundo —entre ellas, una guerra mundial, la última— para que la ciudad que hizo posible Washington con sus cañonazos haya dejado de ser un Eldorado para todos los soñadores. Las distancias se han acortado, ciertamente, y esta ciudad —«vas a Nueva York a que te lean el porvenir en la mano»— está hoy más en el presente que en el futuro, más en la hora que viven ya otras capitales del orbe, menos ejerciendo un magisterio de «anticipación» como el que se le adjudicó justamente en las décadas de los veintes, los treintas y los cuarentas. Y, sin embargo —o





de calle, parecen arrancadas de una pequeña y vieja ciudad. Y, sin embargo, están como escondidas entre la arquitectura alta y metálica. Eso es parte de Greenwich Village, luego una granja holandesa, la Granja de los Bosques, desde la que se veía el Hudson. Y después... Hoy, como hace treinta años, en Greenwich Village se encuentran pintores que triunfan y fracasan. En ese barrio se representaron las primeras obras de O'Neill. Y Sherwood Anderson se paseaba, greguido, soñando con la fama.

quizá por eso—, Nueva York interesa hoy tanto o más que cuando la describieron Morand, Dos Passos y otros escritores deslumbrados por el fenómeno neoyorquino. Nueva York es ya —y perdón, ya sé que esto puede parecer una «herejía»— una ciudad curada, un vino con años si se saborea con atención. Está pidiendo un nuevo juglar que no abra la boca ante el Empire, que nos dé sin filias y sin fobias la versión 1963 de ese cuerpo que tiene su corazón en Manhattan.

### viejo, "relativamente" viejo

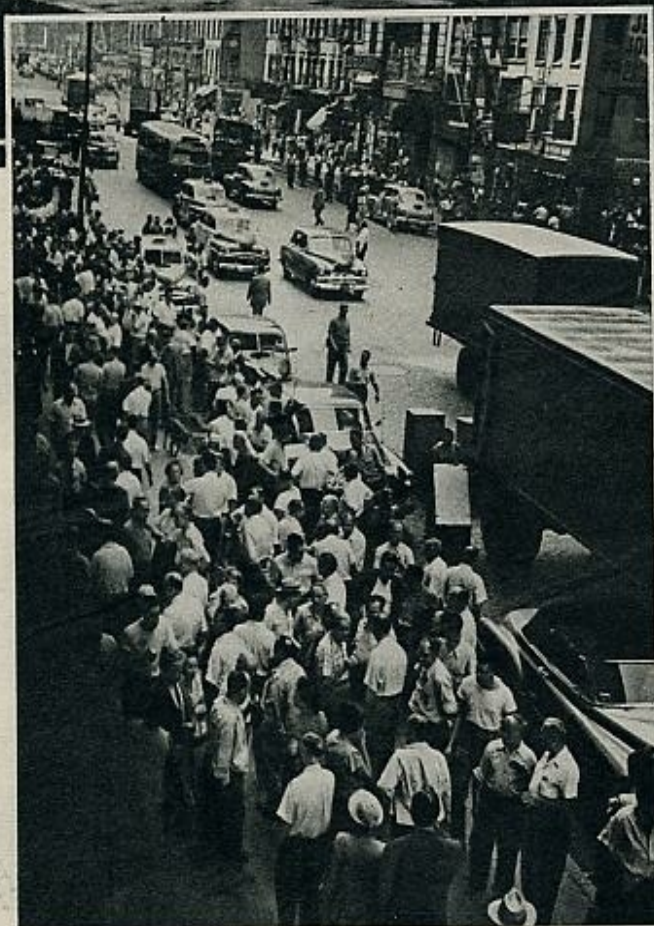
Conociendo Nueva York asombra cómo puede vivir, sin dar coletazos, con esa huelga de periódicos que padece desde hace casi tres meses. Son misterios que jamás logrará uno desentrañar. Además de la televisión, los neoyorquinos necesitan la prensa, como la leche, la carne o la coca-cola. La necesitan los obreros de Brooklyn, los universitarios, los millonarios, los propietarios de grandes almacenes, los borrachos de Times Square y los alcoholizados de la Bowery. Nueva York lee mucho. Lee para vivir, para seguir viviendo, para comprar, para vender y para divertirse. Pero lee. Por eso se explica que un periódiquito que se edita fuera de Nueva York y que habla mucho de Nueva York precisamente porque la competencia es casi nula no sepa ya dónde meter el dinero que ingresa en sus cajas. Por eso se explica que la televisión supere todas sus marcas en la recepción de publicidad. Conociendo Nueva York se explica. ¿Qué harían los neoyorquinos en esos larguísimos trayectos en el «Metro» —el «Metro» neoyorquino, que parece siempre en cons-



La Universidad de Columbia fue fundada, en 1754, por Jorge II de Inglaterra, con el propósito de «instruir a la juventud en las lenguas eruditas, las artes liberales y las ciencias». Este edificio es la biblioteca de la Universidad. Por sus aulas han pasado generaciones de neoyorquinos. Hombres del pueblo y hombres ilustres que han dado prestigio a su ciudad.



## NUEVA YORK



Nueva York es la calle, sus calles, sus anuncios luminosos, sus gentes cuando van al trabajo, cuando regresan de él, cuando salen a mediodía para almorzar y charlar unos minutos como esos hombres de la Séptima Avenida que se reúnen en grupos. Hay que ver eso para entender la urbe. Y hay que ver también Broadway, Times Square, con sus teatros, sus cines, sus «knights clubs». En Times Square pueden comprarse las peores y las mejores máquinas fotográficas del mundo. Pueden hojearse revistas de «tono subido». Y pueden escucharse discursos de los miembros del Ejército de Salvación. De Broadway decía Poe hace cien años que era «la más bella calle de la más bella ciudad del mundo». Veía árboles, avenidas llenas de fronda y silencio. Pero lo de hoy, a su manera, no es menos bello que el paisaje urbano visto por Poe. La vida, en todas sus dimensiones, alienta en esas calles iluminadas.

trucción, que parece una madeja, que parece un laberinto así de buenas a primeras— si desaparecieran todos, todos, los periódicos? ¿Qué harían además de sondear o mirar al vacío —en Madrid, en París o en Barcelona la gente se mira en el «Metro» muy de frente— o soñar profundamente mientras llegan al lugar de trabajo o regresan a casa al atardecer?

Cocteau ya no diría «Vas a Nueva York a que te lean el porvenir en la mano». El futuro no es sólo ya de Nueva York. Han ocurrido muchas cosas en el mundo, y el futuro, como el miedo, se comparte entre muchos. Pero bien cierto es que Nueva York —vino «relativamente» viejo— interesa ahora tanto o más que cuando se montó con él una literatura de asombro.

**Textos: J. L. MARTINEZ REDONDO**

*Fotografías Mondadori Press y Lab. USIS.*





La Libertad. Atraídos por lo que simboliza ese monumento, miles de personas de todo el mundo han intentado la gran aventura de Nueva York durante varias generaciones. Los tiempos han cambiado y la urbe del este norteamericano es ya más un paraíso para turistas extranjeros. La Estatua de la Libertad parece saludar a los que llegan y despedir con su antorcha gigantesca a quienes han alcanzado los secretos de la asombrosa ciudad. Decorado «vivo» para películas de «suspense» a lo Hitchcock. Historia y futuro.